

Necrológicas

Meir J. Kister (1914-2010)

El 16 de Agosto del 2010 murió Meir Jacob Kister, profesor de Lengua y Literatura Árabe en la Universidad Hebrea de Jerusalén y académico de la *Israel Academy of Sciences and Humanities*. Promotor e iniciador de la enseñanza del árabe en la escuela secundaria israelí, Kister debe ser considerado, al mismo tiempo, como alguien cuya contribución ha sido fundamental en los estudios árabes e islámicos en Israel y una de las figuras claves en los estudios sobre el Islam de los orígenes en los últimos 50 años. Su visión y magisterio han sido, y son todavía hoy, fundamentales en las orientaciones de sus numerosos discípulos, como Shaul Shaked, Menahem Milson, Yohanan Friedman, y más tarde Uru Rubin, Etan Kohlberg, Michael Lecker y Ella Landau-Tasseron. Recorrer las etapas de su vida, primero su traslado a Palestina y después su actividad institucional, es recorrer los momentos fundamentales de la Historia de Israel.

Meir Jacob Kister nació el 16 de Enero de 1914 en Mościska en la Galizia, que hoy se encuentra en Ucrania, pero que en su tiempo formaba parte del Imperio Austro-Húngaro antes de ser anexionada pocos años más tarde a Polonia. Tras los estudios de bachillerato, cursó un año de Derecho en Lwow en 1932 tras lo cual se trasladó a Varsovia donde trabajó en una casa editorial. Emigró a Palestina en 1939, en tanto que sus padres, que permanecieron en Polonia, perecieron en el Holocausto.

Kister comenzó a estudiar árabe en la Universidad Hebrea de Jerusalén en 1940 de la mano de D.S. Baneth y S.D. Goitein. Durante sus estudios trabajó para la embajada del gobierno polaco en el exilio en Jerusalén, y como tal empleado fue el encargado de prensa de la embajada en Beirut y Damasco en 1945-46. Entre 1946 y 1958 Kister enseñó árabe en la *Hebrew Real School* de Haifa y en 1954, bajo encargo del Primer Ministro, presentó un programa para la enseñanza del árabe en la escuela secundaria. Fue tal el éxito del programa que el Ministerio de Educación le nombró Inspector General del Programa para todo Israel.

Entre tanto, continuando con sus estudios, Kister obtuvo el Master en 1949 preparando para su tesis una edición crítica de *Ādāb al-ṣuḥbah* de al-Sulamī en la que vino a demostrar como los materiales reproducidos y recogidos en la obra estaban ya en realidad establecidos en el amplio corpus de colecciones de tradiciones precedentes, a menudo desconocidas e inéditas, y que por tanto no eran, como se creía, el producto de al-Sulamī mismo. Su conclusión tuvo grandes implicaciones para la historia del complejo fenómeno del *zuḥd*, porque se probaba la antigüedad y la relevancia para las primeras generaciones de musulmanes. Los estudios doctorales, realizados en años de febril actividad, unidos a su programa de enseñanza del árabe tuvieron en cambio por tema la tribu de los *Tamīm* y concluyeron en 1964 cuando tenía cincuenta años. Fue entonces cuando Kister inició su carrera académica en la *Hebrew University of Jerusalem*, donde comenzó enseñando árabe y donde llegó a Catedrático en 1970. Se retiró en 1983 convirtiéndose en profesor emérito, continuando también en los años siguientes en el fomento de los estudios árabes e islámicos y participando activamente en todos aquellos aspectos e iniciativas que el mismo había contribuido a poner en práctica.

A él se debe, de hecho, en 1969, junto a Gideon Goldenberg, el Departamento de Árabe de la Universidad de Tel Aviv, donde enseñó durante algunos años y donde fundó la revista *Israel Oriental Studies*, así como estuvo entre los fundadores del Departamento de Árabe de la Universidad de Haifa. En Jerusalén Kister encabezó durante muchos años, antes de confiarlo a Albert Arazi, el proyecto de la Concordancia de la poesía árabe, sobre todo con los *Colloquia "From Yâhiliyya to al-islam"*, *Jerusalem Studies in Arabic and Islam* y contribuyó a fundar la revista *Jerusalem Studies in Arabic and Islam*.

El ámbito de la actividad investigadora de Kister, desde sus primeros artículos fundamentales entre los años 60 y 70, fue el estudio del primer periodo de la Historia Islámica. No fue una elección que encontrara de inmediato el beneplácito de maestros, colegas y amigos: Bernard Lewis y S.D. Goitein, por ejemplo, consideraban esto perfectamente inútil y una pérdida de tiempo. El impulso más considerable tuvo lugar sobre todo en el año transcurrido en Oxford en 1963 y por el aliento de H.A.R. Gibb y S.M. Stern. Hasta Kister, para escribir sobre el primer Islam, se utilizaban no más de cuatro o cinco obras historiográficas y el abanico de las colecciones de *hadīth* era todavía el usado por A.J. Wensinck en sus obras fundamentales. Estaba, además, la convicción de que cuanto contenían estas pocas fuentes era casi todo lo que era útil para trazar la historia de los orígenes del Islam. El mérito más significativo de Kister fue, en tal situación, la de descubrir al mundo de la investigación un sinfín de fuentes primarias y demostrar como su considerable ampliación permitía abrir nuevas perspectivas en la reconstrucción histórica, histórico-islámica y más genéricamente filosófica para aquel periodo crucial que va de la era preislámica a la llegada de las primeras generaciones islámicas. Todo esto, hay que recordarlo, fue iniciado por Kister bastante antes de la creciente actividad de impresión y edición de fuentes árabes a partir de los años 70, y por tanto, cuando todavía las ayudas electrónicas e informáticas que hoy permiten un escrutinio más fácil de los materiales estaban por llegar. Kister hizo todo esto partiendo de copias de manuscritos, desde una rica y preciosa colección de reproducciones construida a lo largo de los años, y con un acercamiento si no partidario en todo caso jamás polémico intencionadamente con lo que se hizo con una gran admiración y simpatía, por su profundo conocimiento, incluso por parte de los musulmanes.

Gran parte de estos estudios, aparecidos en forma de artículos en las revistas más importantes de la especialidad, están ahora reunidos en tres misceláneas de la serie *Variorum*. Pero no por ello se deben dejar de recordar algunos de los más significativos que de forma continuada y aún hoy en día son citados y utilizados en la literatura especializada, como aquellos que tienen por tema Jerusalén en las tradiciones que indican las tres mezquitas a las que peregrinar, o bien la circulación de narraciones transmitidas por los Banū Isrā'īl, por citar tan solo algunos ejemplos. Partiendo de las pocas palabras de los textos proféticos y los más amplios abanicos de literatura que atestiguan circulación y variantes, Kister demostró la posibilidad de dar razón de la complejidad de las expresiones tradicionales y literarias del primer Islam. En este sentido Kister siguió por completo la línea señalada por Ignaz Goldziher, en metodología y espíritu, pero no la del Goldziher escéptico que ha sido

el más difundido habitualmente, sino de aquel cercano y autor, desde la más extrema dificultad, de reconstruir la historia del primer Islam desde la propia literatura islámica, y, sin embargo, no por ello se mostró contrario a seguir hasta sus últimas consecuencias la vía filosófica. De tal acercamiento es muestra la magistral edición del volumen IV de los *Ansāb al-ašrāf* de al-Balāḍurī, llevada a cabo partiendo del manuscrito inicialmente preparado por Giorgio Levi Della Vida y de Max Schloessinger (pues Kister también lo filió a éste último por llevar el sello de su casi inhumana erudición). Lo que en una superficial lectura podría parecer como un penoso enfangamiento en notas y fuentes paralelas, por otro lado no es sino un impresionante fresco de una literatura y de su profunda coherencia que refleja las vividas rivalidades y discusiones, sin menoscabo de la creencia de las primeras generaciones musulmanas, en una descripción de reconstrucción histórica, o cuando menos un intento con posibilidades reales de llegar a conseguirlo, tras muchas dificultades de plantear esta literatura como algo más que un asunto abstruso y esencialmente poco comprensible para los ojos de los no musulmanes.

Muchos son los recuerdos personales fruto del contacto, largo en lo temporal, a pesar de su esporádico de tales encuentros, entre 1992 y 2005 y más constante en el año 1993-1995 cuando en el curso de mis estudios doctorales en el Instituto Universitario Orientale de Nápoles, tuve la posibilidad de estudiar bajo su dirección gracias a una bolsa de estudio de la Lady Davis Fellowship Trust. Su inconfundible estilo críptico y su poner a prueba, con señorial estilo, los conocimientos ajenos con la continua cita de *ḥadīṭ* eran fruto de una disciplina personal severa que se acompañaban siempre de una profunda simpatía humana. Desde la primera aproximación, que la llevaba a cabo poniendo a prueba la capacidad del interlocutor para leer a primera vista un manuscrito en árabe, hasta sus recomendaciones para señalar líneas de investigación y de estudio, estuvo siempre marcada por la imperturbable confianza en la utilidad de la lectura directa de las fuentes árabes-islámicas antes que cualesquiera otra discusión teórica, que no debía dejarse en ningún caso posponer, así como un gran respeto por la tradición islámica que consideraba como un gran producto humano, digno de admiración, pero también un desafío intelectual digno para todo aquel estudioso que ambicione enfrentarse a cuestiones complejas.

Cada encuentro con Kister era a su vez motivo para muchos otros, así como con su mujer Zahava, también ella profesora de árabe. Lo que más me ha quedado de tales contactos es la de estar en presencia de un estudioso al que se unía una humanidad que parecía de otro tiempo. Son ejemplos banales, pero significativos muchos episodios. Como aquella vez en que comentando la improvisada visita de un amigo ruso, Kister y su mujer se acusaban mutuamente de haber conversado en ucraniano y no en ruso, convirtiendo así el apartamento de Bet Hakerem en un trasunto de la a menudo añorada Galizia. O bien cuando con ocasión de la firma oficial de los Acuerdos de Oslo, que parecían inaugurar un periodo de paz en el Cercano Oriente, su mujer, nerviosa y ante el televisor impuso silencio a los presentes para poder seguir el anhelado momento histórico, invitando a dejar de lado por una vez manuscritos y *ḥadīṭs*. Dos momentos estos, como muchos otros

que parecen unir a la historia del hebraísmo europeo y en los del diario quehacer una vida irrepetible de un gentilhomme hebreo-polaco, que se convirtió en israelí. Kister, tras vivir junto a árabes y musulmanes, en un itinerario nunca ausente de tragedias o grandes empresas, entre dificultades sin cuento, nunca perdió su confianza en los hombres y en su capacidad de conocer y de respetar y las tradiciones del prójimo¹.

Roberto TOTTOLI

¹ Traducción del italiano de Santiago Escobar.